

## FR. GERUNDIO.

*Si quis sive religiosus sive politicus  
Zoilus dixerit in prima capillada  
cuadragesimali non debere loqui  
Fr. Gerundium de carnavalesquis  
postrimeriis, anathema sit.*

Si algun Zoilo religioso ó político digere que no debe Fr. Gerundio hablar de las postrimerías carnavalescas en la primer capillada de cuaresma, le privo de comer carnes saludables, huevos y lacticios.

CONG. 4. GERUND.

## Mascaradas.

¡Jesus que gana tenia ya de que el carnaval del año 59 perteneciera á la historia! Ha sido mucho carnaval este para un Fr. Gerundio solo. Tanto era lo que en todas partes se ofrecia al ojo

observador gerundiano, que para dar razón de lo que en Madrid en estos días pasaba era necesario ser *ubiquista* (1), propiedad esclusiva y solidaria de Dios, ó sea prerrogativa de su corona. Y ya que esta me faltase, en vista de los diferentes puntos en que era reclamada mi presencia gerundiana, acaso mientras el gobierno según malas lenguas proyectaba poner cortapisas á la prensa, yo estaba meditando un medio de poder imprimirme en cuerpo y alma, y hacer una edición de mi persona en tantos ejemplares cuantos eran los puntos en que había algo que observar. Privado también de este recurso por el atraso en que se halla todavía en el mundo el arte tipográfico, no me quedaba otro sino el vulgar y plebeyo de asistir primero á una parte y dejar aquella si quería trasladarme á otra. Pero interpelado sin intermision donde quiera que me personaba, porque no parecía sino que Fr. Gerundio era el ministerio de las concurrencias del carnaval; prolongadas inconsiderablemente las sesiones de máscara, absorbíame éstas lo mas precioso del tiempo, distraíame de las atenciones mas urgentes, y ni aun siquiera me quedaba lugar para escribir mis capilladas ordinarias. Si hubiera habido una constitucion de máscaras, y en ella un artículo 26 que dijese: «Las máscaras

---

(1) Voz facultativa que denota la cualidad de poder estar en todas ó en muchas partes á un tiempo.

se reúnen todos los años. Corresponde á Fr. Gerundio convocarlas suspender y cerrar, ó bien disolver los bailes de ellas; no me hubiera contentado con suspenderlas; las hubiera disuelto, aunque no fuese sino por evitar la nota de que llevaba miras de atacar la institucion. Lo que de ningun modo hubiera hecho seria decir á las máscaras que las suspendia con objeto de que fuesen á reanimar el espíritu de sus familias, porque ellas y las familias se hubieran reido de mí, y con razon.

Pero como para nada de esto me hallaba yo facultado, no tuve remedio sino aguardar á que terminase por su natural periodo la legislatura del carnaval: y concluida que fue, soñolientos los ojos, quebrantado el cuerpo, molidos los ambulatorios, perezosa la mano, mal cortada la pluma, y lánguida y desmadejada toda mi humanidad reverenda, no hubo remedio sino ponerme á escribir esta capillada, limitándome solo á describir las postrimerias del carnaval en la corte de España. Hablaré solo del último dia.

El martes de carnaval en Madrid solo es comparable al martes de carnaval en Madrid. En aquella tarde el Prado no parecia ya paseo, sino pradera viciosa y lozana en que brotaban personas en lugar de yerbas. Reunidas todas las clases altas y bajas de la poblacion, aquellas en su traje natural y estas á su modo disfrazadas, no habia capricho ni rareza que allí no se ofreciese al observador curioso y atento. La prime-

ra, y acaso la mayor de todas las rarezas que nos llamaron la atención á Tirabeque y á mí tan pronto como entramos en el paseo, fue Galiano leyendo el *Guirigay*. Solo en un martes de carnaval le podía haber ocurrido á Galiano la idea de ir leyendo el *Guirigay* por el Prado. El miércoles ya no hubiera podido hacerlo sin pecar, ó á lo menos sin bula para poder promiscuar, porque Galiano y el periódico *Guirigay* son como si dijésemos carne y pescado en días de escepcion, que no pueden mezclarse sin privilegio esclusivo.

Entretenido estaba, yo Fr. Gerundio, en observar las gesticulaciones de la cara de Galiano, cuando asomó la mascarada que representaba la corte selvática del pretendiente. Componíase esta de su Magestad aspirante, de la princesa de Beira, el príncipe de Asturias, el P. Cirilo, el obispo Abarca, el P. Lárraga, el Excmo. Sr. Conde de Morella y otros varios personajes pertenecientes á la corte de D. Carlos, todos montados en pollinos, escepto algun otro general que iba á caballo, abriéndose paso por entre la inmensa muchedumbre. La música que acompañaba á la régia comitiva se componia tambien de enmascarados. Las gentes se agolpaban con afan en rededor de la burlesca comparsa con el mismo gusto, con la misma alegría y satisfaccion que si aquello no existiese sino en máscara. Solo Tirabeque me decia de cuando en cuando: «Señor, ¿sí será verdad

esto algun dia? A este tiempo pasaba por frente á nosotros la Reina Doña Isabel II acompañada de la inocente princesa su hermana. El contraste no podia ser mas singular. Y como Tirabeque viene cerca de nosotros algunos diputados de los que el gobierno ha enviado á reanimar el espíritu público de las provincias, no hacia mas que darme de codo y decirme: «Señor, señor, mire vd. estos.»—¿Y qué? ¿qué tienen estos de particular?—¿No vé vd. que serenos están, señor?—¿Pues qué han de hacer mas que estar serenos, hombre?—¿Y estos son los que han de reanimar el espíritu de las provincias, señor?—¿Y por qué no?—Señor, vd. no vé con qué serenidad están mirando á nuestra Reina y á D. Carlos aquí tan cerca uno de otro?—¿Pero no ves que esto es todo farsa, tonto?—Y si fuera verdad algun dia ¿se alterarian mas, señor?—Todo te vuelves pensar en algun dia, hombre. Aquí nadie piensa ahora mas que en el dia de hoy.

En esto se me ofreció sonarme; eché mano al bolsillo en busca del pañuelo, y el pañuelo ya no existia en el bolsillo gerundiano.—Tirabeque, me han soplado el pañuelo.—Señor, algun muchacho ministerial ha sido.—¿Y por qué ha de ser ministerial?—Porque parece que entiende de cobrar contribuciones sin autorizacion de las Cortes.—Me rei de la ocurrencia de Peleguín; miré al redor y nadie vi ya que me diera esperanzas de recobrar mi prenda.—Señor, me dijo de repente

Tirabeque; ya sé ya donde podrá estar el picaro que le ha robado: Venga vd. conmigo.—¿A dónde me llevas, hombre?—Aquí á Paris (1).—Esa es; con que justamente es el sitio por donde pasean las gentes de clase, y como es de suponer de mas educacion, y se ha de haber ido ahí el pillastre que me llevó el pañuelo! Vaya que tienes un discurso...!—Señor, como he oido decir muchas veces que los que roban aquí en España se van despues á Paris...—Calla, lengua de vibora, que todavia me has de comprometer con tus equivocaciones y malas inteligencias.

Infinidad de máscaras se cruzaban de un lado á otro: numerosas comparsas de figurones iban y venian: mil visiones y espantajos subian y bajaban. Y como todos los enmascarados eran de la clase ordinaria ó del pueblo, veianse tales adefesios y talcs rarezas, que divertian por lo ridiculo y extravagante. Jesus, señor, qué fantasmones vienen aquí! Pero una cosa reparo señor; que no se meten con nadie ni dicen una mala palabra que pueda ofender.—Efectivamente que no.—Pues déjeme vd. decir un recado al oído allí á cierta persona.—¿A dónde vas, hombre?—A decírselo á Martínez de la Rosa que va ahí adelante.—¿Estás loco? Vamos, vuélvete aquí

---

(1) Paris se llama una de las calles del paseo del Prado de Madrid, por donde suelen pasear los mas y las mas elegantes.

al instante. ¿Qué diablos tenias tu que decir á Martinez de la Rosa, atrevido?—Señor, le iba á decir que no tuviera cuidado; que no matan.— ¿Quiénes no matan?—Estas fantasmas, señor Como tiene tanto miedo á las fantasmas.....

Admirable es en efecto el ejemplo de sensatez y cordura que daba el pueblo de Madrid en la tarde del martes, y es justo que Fr. Gerundio le dé este testimonio de reconocimiento. De treinta á cuarenta mil almas sin duda alguna habria aquella tarde agrupadas por toda la estension de Atocha, el Prado y calle de Alcalá; confundidas todas las clases y los hombres de todos los partidos; en unas circunstancias en que las opiniones políticas estan en pugna abierta; la España ardiendo en una guerra civil; el pueblo bajo entregado á sí mismo, usando de la libertad que dan el disfraz y la careta; en un dia en que hasta los escesos parece se hacen disimulables; sin una sola bayoneta destinada á mantener el órden; ni un solo desman ni un solo insulto se advirtió siquiera; ni la mas pequeña accion ocurrió que turbára el universal regocijo. Y á este pueblo que así sabe usar de la libertad, se le quiere negar la libertad. Este pueblo merece bien ser libre. Una Reina niña paseando por entre una muchedumbre inmensa, gran parte de ella enmascarada, cuando un príncipe ambicioso la está disputando con las armas la corona, sin que á un solo habitante de la capital le asaltase sí-

quiera la idea de que su Reina inocente pudiese correr el mas remoto peligro, es espectáculo que en el dia quizá solo le ofrece el sensato pueblo español. Buen provecho le haga á Luis Felipe su coche forrado de tres planchas de metal, su numerosa escolta y sus temores. La Reina de España marcha tranquila en carretela abierta por entre su pueblo, porque su pueblo la ama. Ejemplo admirable á principes y pueblos, y respuesta sublime para los que califican á los españoles de rudos, incivilizados é indignos de ser libres. Si D. Carlos lo hubiera visto, debiera haberse muerto de vergüenza.

Presentóse luego otra mascarada que representaba las herrerías de Vulcano. El Dios marchaba sentado en un carro precedido de una porcion de cíclopes con sus martillos de hierro en la mano, y sus llamas figuradas en la frente. Los fuelles y demás utensilios de fragua iban tambien conducidos sobre ruedas, y seguidos de una música, algo mas armoniosa que las consonancias que el filósofo de las armonías hallaba en el desapacible sonido de los martillos de un herrero.

Como ahora la malicia en todo cree ver alusiones políticas, yo me divertia en oír las significaciones que por allí se daban á aquella inocente alegoría. Habia hombre que se figuraba que los cíclopes representaban los ministros, y que los mazos eran los decretos con que nos iban á forjar las cadenas que sospechan nos estan pre-



parando, y no les faltaba ya mas que designar quién de los ministros era Polifemo, quién Pirracmon, y quién Esterope. Aun en el semblante tostado y adusto del dios de los rayos creían reconocer el de otro ministro, que al revés de Vulcano que trabajaba en los hornos de Liparis y de Lemnos, y en el corazon del Etna, los rayos de que habia de proveer á Júpiter; éste, decian ellos, maneja los que Júpiter le envia trabajados en las fraguas de Logroño, Haro y Villarcayo. Por estas respiraciones conocí que aquellos hermanos eran de la mayoría de las suspensas.

A otros les oia discurrir en sentido diametralmente opuesto. En Vulcano creían reconocer á Luis Felipe; en los cíclopes á los jovellanistas, y las fraguas decian que significaban los clubs en que se fabrican las esposas y argollas de la transacion y los protocolos. De esta manera de esplicarse inferí que serian de la minoría de las cerradas. Yo me reía de tales y tan opuestas aplicaciones; pero al mismo tiempo conocia que la marcha incierta y misteriosa del gobierno estaba dando lugar á unas conjeturas y unas desconfianzas que podrán sernos muy funestas.

Entretanto, en la plaza de Toros, despues de bailotear otra porcion de máscaras las manchegas, el fandango y la aragonesa, tocadas alternativamente por las músicas del sexto y séptimo batallón de la Milicia, se elevaba un globo acrostático. Tirabecque le miraba con la boca abierta, y



segun subia me decia él: «¡Jesus, señor, qué ma-  
do de subir! No puede menos que vaya dentro  
Hompanera segun el vuelo que ha tomado en  
poco tiempo: sino hace nada que estaba aqui aba-  
jo.»—En seguida se permitió la subida á dos cu-  
cañas, de cuyo extremo pendian unos bolsillos con  
dinero y un jamon de la una y una sarta de cho-  
rizon de la otra. Los muchachos trepaban por el  
palo arriba con una aficion sin límites: no lo es-  
trañé, porque la gran habilidad de este mundo es-  
tá en encontrar una cucaña: que la cucaña se lla-  
me ministerio, que se llame direccion, que se lla-  
me faja, que se llame jamon y chorizon, es cues-  
tion de nombre; cucaña es todo. La ganaron, los  
que ganan todas las cuesñas, los mas diestros en  
trepár; y bajaron, como bajan todos los minis-  
tros, resbalando muy suavemente por el palo aba-  
jo, cayendo de pie sin llevar golpe, y con el di-  
nero en una mano y los chorizon en otra.

Llegó la noche, ó por mejor decir, reemplazó  
al dia natural el dia artificial, porque los martes  
de carnaval en Madrid no tienen noche; y sor-  
prendió á la mitad de la poblacion en los salones  
de máscaras el escuálido y tétrico

### MIÉRCOLES DE CENIZA.

---

Si, amados oyentes míos; el escuálido y ma-  
cilento *miércoles de ceniza*. Ese dia blanco en que

dicen los persas fué criada la luz, y en que por esa razon daban principio á todo trabajo y ocupacion literaria. ¡Ah! A la ocupacion del sueño disteis principio vosotros: no estais vosotros malos persas, amados oyentes míos: las persianas de mi celda abrí yo á las nueve de la mañana, y todavia os vi venir de hácia Villahermosa escuálidos y macilentos como el miércoles; ó por valerme de la expresion de un gran padre de la iglesia (1), vosotros érais los verdaderos miércoles, que lo demas para vosotros el miércoles era todavia martes. Desde aquella hora, oyentes míos, fué para vosotros el miércoles un dia negro; fué como el último miércoles del mes de Sephar para los persas antes nombrados, porque cerrásteis ventanas y balcones, y os echásteis á dormir á pierna suelta, mientras Fr. Gerundio soñoliento daba principio á su capillada.

Llegó, amados míos, ese miércoles, ese dia que hasta los Chingulayos consagraban á las ceremonias religiosas. ¿A qué ceremonias religiosas le habeis consagrado vosotros? ¡Ah! No estais vosotros malos Chingulayos, hermanos míos. ¿Habeis visitado por ventura algunas urnas cinerarias, como hacian los griegos y romanos en dia semejante á este miércoles? La cama seria la urna cineraria que visitarais vosotros tan luego como lle-

---

(1) Esta es una solemne mentira: aquí no hay más padre que yo FR. GERUNDIO.

gárais á vuestras casas. ¿Habeis comido pan con ceniza en demostracion de las calamidades públicas que nos cercan, como acostumbraban los pueblos mas antiguos del mundo cuando les afligian males semejantes á los nuestros? ¡Ah! Tostadas con manteca empapadas en té con leche seria el pan con ceniza que manducárais vosotros, hermanos míos muy amados, luego que á casa llegásteis. ¿Os habeis puesto siquiera un polvo de ceniza en la frente segun práctica mandada observar en el concilio de Benevento en el siglo once en señal de penitencia? ¡Ah hermanos míos! Toda la mañana os estuve esperando en la iglesia; pero ¡oh desconsuelo! Nadie compareció sino alguna otra arrugada beata, ó algun otro anciano sin cabello. Se acabó el tiempo en que los sacerdotes poníamos la ceniza á todo el mundo. Otros son hoy los encargados de ponérsela á todos, amados oyentes míos. Esos concilios llamados *conferencias* ¿en qué os parece han de pensar luego que pongan la ceniza á los belgas y á los holandeses sino en ponérsela á nosotros los españoles? *Memento, homo, quia hispanus es*: acordáos, hermanos, que sois españoles, y no os dejéis poner la ceniza de extranjeros. *Memento, Espartere, quia Esparterus es*: acuérdate, hermano Baldomero de quién eres, y no permitas que esos 20 batallones y esos 12 escuadrones que están dispuestos á visitarnos en marzo nos hagan de la pascua miércoles de ceniza.

¿Pero qué es esto? ¿Qué significan esos en-

mascarados que van en la tarde del miércoles camino del Canal? ¿Qué significa esa muchedumbre de jentes que marcha en la misma direccion? ¿Es posible que el carnaval de Madrid dure aun todo el dia del miércoles de ceniza? ¿Es cosa que ha de ser siempre carnaval en Madrid?—Es la mascarada, me responde una voz, que va á hacer el entierro de la sardina en la pradera del Canal.— Bien, hijos de mi vida, bien: divertíos en enterrar la sardina; pero cuidado no tengais que asistir luego al entierro de otra que no es sardina. Y por ahora ayudadme á implorar los auxilios de la divina gracia poniendo por intercesora á la Virgen Santísima y saludándola con el angel: *Ave María.*

Yo corto sermones con la misma facilidad que el gobierno corta cortes, sin perjuicio de anudar el presente *tan pronto como lo permitan las causas que me han movido á suspenderle.*



## PEDRO PERO PEREZ PRIETO.

---

Dígame vd., mi amo; ¿El Sr. Perez de Castro dónde mora?—Segun el Perez de Castro por que preguntas: porque hay dos Perez de Castro: ¿cuál de los dos Perez de Castro es por el que preguntas tú?—Señor, yo por el señor Perez de Castro del ministerio de Estado.—Es que hay dos Perez de Castro en el ministerio de Estado. El Sr. Perez de Castro el subsecretario, y el Señor Perez de Castro el ministro.—Tambien es buena casualidad, señor. ¿Son parientes acaso?—Son tío y sobrino.—¿Pues quién los juntó, señor? ¡Toma: quién los juntó! Ellos. El Sr. Perez de Castro tío, luego que ha venido á encargarse del ministerio de Estado se acordó que tenia aqui al Sr. Perez de Castro su sobrino, y parece que le confirió la subsecretaria de su ministerio. Cosa natural, como tu conoces, el que los tios traten de proteger á los sobrinos.—Ya se ve que es cosa natural, si señor. Y que asi todo se queda entre la familia. Pero cuando á alguno se le ofrezca buscar á uno de los señores Perez de Castro, tendrá que especificar bien á quién de los dos busca, porque sinó será muy fácil que busque á un Perez de Castro y le dirijan á otro Perez de Castro.

—¿Sabes qué sucederá? Que cualquiera que busque á uno de los dos tendrá que jugar un juego de prendas como este que te voy á decir, y que la habrás oído acaso.

«Señor, ó señora; Pedro Pero Perez Prieto ¿dónde mora? Porque en esta villa tres Pedros Peros Perez Prietos habia. No pregunto por Pedro Pero Perez Prieto el de abajo, ni por Pedro Pero Perez Prieto el de arriba, sino por ¿Pedro Pero Perez Prieto el de fuera de la villa.»—Y del mismo modo tendrá que decir el que vaya al ministerio de Estado á preguntar por el Sr. Perez de Castro: «diga vd. portero; al Sr. Perez de Castro ¿dónde le encuentro? Porque en este ministerio dos señores Perez de Castro hay á lo que entiendo: no pregunto por el Sr. Perez de Castro el subsecretario, sino por el Sr. Perez de Castro el ministro de Estado.

Oiga vd., mi amo: vd. decía en la capillada 17 de Leon (que bien me acuerdo): *Dios me dé un tío obispo que se lo lleven los demonios.* Porque decía vd. que siendo un obispo que solo por ser vd. sobrino suyo le cargara de arcedianatos y de simples, el obispo tío se lo llevarian los demonios, pero el arcediano sobrino quedaba hecho un hombre. Pero ahora ya veo yo que los ministros van siendo como los obispos en esto de dar prebendas.—Y mucho mas, Pelegrin, que habiendo estado el Sr. Perez de Castro en Roma, debia acordarse de la famosa bula del papa Inocencio XII

que empieza *Romanum decet Pontificem* (esto no lo entenderás tu, pero el Sr. Perez de Castro bien lo entiende) contra el abuso del *nepotismo*, ó del *sobrinaje*, para que comprendas, hombre.—Pero acaso será hombre de mucho mérito el Sr. Perez de Castro sobrino, y entonces no extraño que haya echado mano de él el Sr. Perez de Castro tío.—No convienen todos los autores en que lo sea tanto, al menos en punto á las opiniones políticas que se apetecen ahora. La verdad, Pelegrin, yo no lo sé; pero de todos modos aun suponiéndole todo el mérito que se quiera, no es de creer que sea el único hombre á quien pudiera encomendarse en estas circunstancias la sub-secretaría; y por lo mismo es sensible que el Señor Perez de Castro tío, á quien se suponen buenas intenciones en favor del triunfo de la causa, pierda una gran parte del prestigio de que podría gozar ó se podría adquirir, haciéndose sospechoso de afecto al *nepotismo*. ¿No te parece, Pelegrin?—Y tanto, señor. Discurre vd. como un santo padre. Pero qué quiere vd.? La sangre siempre tira. Es una desgracia, señor: esta pícara sangre.... Pero deje vd. á ver si me acuerdo del juego: «portera, ó señora: Pedro Pedro Perez de Castro ¿dónde mora? Porque en esta secretaría dos Pedros Pedros Pedres Castros habia....» bien me acuerdo, bien: pierda vd. cuidado, que si se me ofrece, bien sé preguntar por cualquiera de ellos.

